

LAS BODAS DE ORO PROFESIONALES DEL  
DR. MARIO A. TORROELLA

**E**XISTEN razones fundamentales para escribir sobre el doctor don Mario A. Torroella, siempre en los términos propios de un alabamiento por su destacada actuación como médico, que al correr de los años la circunscribió a la Pediatría; es digno además, del panegírico por sus cualidades morales que constituyen gran parte de su personalidad, su palabra afectuosa, su pensamiento benévolo y su trato amable y cordial; tal conjunción lo convierte a los ojos de los demás en un personaje que recorre el camino de la vida como el médico reconocido, el Pediatra enaltecido por sus méritos y la persona sincera y bondadosa que justifica su calidad de hombre de ciencia.

Ninguna galería de médicos mexicanos ilustres sería completa si no figurase en ella Dn. Mario A. Torroella; y al referirnos a tan distinguido maestro justificamos estas líneas trazadas en honor de quien con su inteligencia, con la profundidad de su saber y con su vasta experiencia durante cinco décadas ha sabido impulsar brillantemente la Medicina Nacional. El maestro Torroella no ha perdido hasta hoy su entusiasmo, y sigue adelante en su laboriosa dedicación, consagrado al servicio de una ciencia noble y magnánima como es la Medicina.

Conocimos al doctor Torroella cuando era profesor de la Facultad de Medicina, en la cátedra de Anatomía Topográfica, y esta relación la consideramos como una fortuna. Excelente maestro desde entonces, ha logrado que sus enseñanzas sean aprovechadas por sus alumnos y esto significa que sabe enseñar facilitando el aprendizaje, con lo cual justifica su investidura docente; y ahora, recordando épocas pretéritas, hemos aquilatado mejor la sabia instrucción que dio a diversas generaciones con gran desprendimiento. En los campos de la Pediatría, la personalidad del maestro Torroella es augusta.

Como especialista de alta significación, el Médico de Niños, no era común en nuestro medio y de ahí que la patología de la infancia fuera atendida por médicos generales; mas, al surgir el doctor Torroella, los horizontes de esta rama de la Medicina, se percibieron con evidente claridad, provocando el entusiasmo de los partidarios de ésta que ha alcanzado varios y grandes adelantos. En

efecto, el citado maestro es el fundador de la cátedra de Pediatría en la Escuela Nacional de Medicina. Esta circunstancia, que no puede entrar al tamiz de la discusión porque son inobjetable sus derechos en la jurisdicción de la Pediatría, nos autoriza a proclamar sus merecimientos.

Digamos, de paso en términos generales, algo sobre dicha especialidad. Las enfermedades de los niños, son atendidas ahora por médicos especializados como mandan los cánones de la ciencia. Reconocido el vasto espacio de la Patología de la Infancia, fueron limitándose con absoluta precisión sus campos para consentir como más apropiada la presencia única del especialista, cuya preparación es de lo más interesante y concienzuda. El celo de los pediatras en el desempeño de su cometido ha sido en realidad el abrigo más sólido de la niñez y por ello se les vé con particular simpatía; su labor práctica representa, tan pronto como el niño está bajo su observación, un gran consuelo que se transforma de acuerdo con las manifestaciones de alivio y recuperación de su salud, en un bienestar dulce y placentero porque los padres gozan con la salud de sus hijos. Se observa un escenario donde los cuadros de la vida humana sometida al dolor son múltiples; niños bajo la terrible enfermedad son disputados con la fuerza poderosa de la ciencia por el médico que se destaca en la lucha y lanza el grito de la victoria ante los padres que experimentan alegría infinita. Y el pediatra es el personaje central, que Dn. Mario A. Torroella ha venido representando en la realidad con gran atingencia y espíritu científico, a más de la delicadeza que la índole del medio reclama, ya que desde un punto de vista más dilatado los padres enferman del espíritu al caer sus hijos exhaustos en el lecho del dolor. Doble problema que se ofrece al Pediatra para su solución de manera tan súbita, y tan particularmente exigente como probado está que la sensibilidad humana es más honda ante el niño enfermo que cuando se trata de otros severos cuadros de sufrimiento.

El maestro Torroella continúa su infatigable labor con gran firmeza. Así como lo encontramos en plena lucha, al lado de los niños enfermos en la clínica privada, también aparece entusiasta en su función académica, en la benefactora Fundación Mier y Pesado y en todos aquellos lugares que pertenecen a los exponentes reconocidos de la Medicina Nacional, tanto más significativos cuanto que son ellos los que han establecido normas y procedimientos, doctrinas y métodos en los que se apoya el progreso de la vida científica mexicana en el aspecto relacionando con la ciencia médica, los que han aportado con miras muy elevadas su saber en beneficio de México.

Los hombres de la talla del Dr. Torroella, sólo detendrán su avance fructífero, cuando materialmente su fuerza se haya perdido en la noche silenciosa, tan profundamente quieta, como lo es la última de la vida humana.

DR. CARLOS COQUI

GACETA MÉDICA DE MÉXICO  
TOMO XCIV N° 1  
Enero de 1964



DR. MARIO A. TORROELLA  
Socio Honorario de la Academia  
Nacional de Medicina.



Medalla de oro conmemorativa que la Academia Nacional de Medicina concede a su Socio Honorario, Dr. Mario A. Torroella con motivo de sus Bodas de Oro Profesionales.

MARIO A. TORROELLA,  
EL MAESTRO\*

DR. RIGOBERTO AGUILAR PICO

COMPLACIDO he aceptado el honor que me ha otorgado la Directiva de esta H. Academia Nacional de Medicina de participar en el homenaje que hoy se rinde al Dr. Mario A. Torroella con motivo del 50 aniversario de su recepción profesional. Más grande sería mi satisfacción si pudiera interpretar en síntesis brillante y expresar en elocuentes palabras los principales aspectos de los cincuenta años de vida ejemplar de nuestro homenajeado, que ha logrado destacarse en primerísimo lugar, como Miembro y Ex-presidente de nuestra Academia y como Maestro de la Pediatría Mexicana.

Porque ha consagrado su existencia a superarse y servir, por haberse esforzado siempre en el cumplimiento del deber, porque ha sabido igualar siempre su vida con su pensamiento, porque su existencia ha sido una continuada donación de lo que su espíritu ha atesorado en bondad y sabiduría, por las muchas virtudes que todos le reconocemos, le rendimos hoy este merecido homenaje.

De los muchos aspectos de su vida tócame a mí ocuparme de su actuación como Maestro de la Pediatría.

Si el afecto y la estimación sinceros profesados al Maestro, si el haber disfrutado del singular privilegio de colaborar con él desde el año de 1933 como Jefe de Clínica de la Cátedra de Pediatría que con gran acierto impartió por tantos años, fueran los requisitos indispensables para rendir hoy un homenaje a su destacada labor en la enseñanza de esta importante rama de la pediatría, seguramente que yo sería el indicado para hacerlo, pese a que mentes más privilegiadas podrían haber sido seleccionadas para desempeñar tan honrosa tarea.

Nadie discute que la actuación del Dr. Mario A. Torroella llena toda una época en la historia de la pediatría mexicana; a él, a sus renovados esfuerzos, se debe que la enseñanza de la pediatría haya salido del olvido en que por muchos

---

\* Palabras pronunciadas por su autor en la sesión solemne celebrada en honor del Dr. Mario A. Torroella el 27 de noviembre de 1963, con motivo del Aniversario de Oro de su recepción profesional.

años se le había tenido al formularse los planes de estudios en nuestra Escuela Nacional de Medicina. Antes del Dr. Torroella y a principios de este siglo, el oscurantismo reinó en la historia de esta disciplina; si acaso, se recuerda que por el año de 1903 se dio un curso de pediatría médico-quirúrgica en el consultorio de Beneficencia que funcionaba en las calles de Revillagigedo, encargándose de la parte médica el Dr. Carlos Tejeda y de la quirúrgica el Dr. Roque Macouzet. Posteriormente el Dr. Joaquín Cosío dio lecciones de pediatría en la Escuela de Altos Estudios en el consultorio instalado en la calle de Las Moras. Fue el propio Dr. Torroella quien en 1923 impartió un curso libre, en la Facultad de Altos Estudios de la Universidad, sobre Higiene, Patología y Terapéutica de la primera infancia, el cual, por el interés que despertó y por la calidad del mismo, mereció que el entonces Rector de la Universidad, el insigne Maestro Dr. Ezequiel A. Chávez, le enviara una comunicación felicitándole por el éxito del curso y manifestándole que las aulas de la Facultad de Altos Estudios estaban a su disposición para que impartiera nuevos cursos.

Su preparación como pediatra la inició el Dr. Torroella al lado del Dr. Francisco de P. Carral, de quien fue su discípulo en la cátedra de Obstetricia y le encargó atendiera a los niños que asistían a su consultorio. Después se trasladó a Europa con la intención de especializarse, habiendo concurrido al Curso de Clínica de Pediatría que impartió en el Hospital "Des Enfants Malades", el sabio y viejo clínico Víctor Hutinel, con cuyo hijo, el brillante y malogrado profesor Jean Hutinel, que heredó el genio y el talento de su padre, cultivó una estrecha amistad, amistad que motivó la especial simpatía y predilección que el mencionado pediatra demostró a todos los que tuvimos posteriormente la oportunidad de escuchar sus amenas e instructivas lecciones. Siguió también un Curso de Enfermedades de la Primera Infancia con el eminente profesor A. B. Marfán en el Hospicio "Des Enfants Assistés". Es indiscutible que los dos grandes clínicos franceses Hutinel y Marfán modelaron el elevado espíritu clínico que demostró siempre el Dr. Torroella en la cátedra. Asistió además, al servicio del profesor Broca y de otros clínicos franceses. En Viena estuvo en el Servicio de Von-Pirquet y en Nápoles con el profesor Rocco Jermina.

Años más tarde volvió a Europa y asistió a la Clínica de Pediatría del profesor Nobecourt; a la del famoso cirujano de niños profesor Ombrendane, y a la del ortopedista Huc, pues había planeado prepararse lo mejor posible tanto en la pediatría médica como en la quirúrgica.

Su carrera de profesor la inició siendo aún estudiante al ser designado alumno ayudante del Prosector de Operaciones. En 1917 fue nombrado Jefe de Clínica de Medicina y Cirugía, y en 1918 Prosector de Anatomía Topográfica.

En 1925 fue comisionado para dar un curso de pediatría médico-quirúrgica a los médicos escolares y, el 27 de febrero de 1927, fue nombrado profesor de Anatomía Topográfica en la Escuela Nacional de Medicina; pero su espíritu

estuvo siempre puesto en la Pediatría y con fecha 9 de agosto de 1928 hizo reiteradas gestiones ante el entonces Rector de la Universidad, Dr. Alfonso Pruneda, solicitando la incorporación al plan de estudios vigente, de un curso de pediatría médico-quirúrgica; las razones por él expuestas fueron convincentes y la cátedra de pediatría fue creada en nuestra Facultad habiendo sido designado profesor de la misma el Dr. Joaquín Cossío quien duró en su encargo sólo algunos meses, habiéndose retirado por enfermedad, y el Dr. Mario Torroella a solicitud unánime del alumnado, fue designado profesor de la misma.

A partir de entonces sus actividades dentro del campo docente de la pediatría se multiplicaron: en 1930 fue designado Profesor Especialista en Higiene Infantil en la Escuela de Puericultura de la Secretaría de Salubridad; durante dos años a solicitud de los alumnos, impartió un Curso Libre de Pediatría en la Escuela Médico-militar, terminando su encargo al ser incluido en el plan de estudios de dicha Escuela la mencionada materia.

Su constancia, en la clínica de pediatría a su cargo fue ejemplar y al separarse de ella siguió colaborando durante tres años en los cursos para postgraduados impartidos en el Hospital Infantil de México.

Su constancia, en la clínica de pediatría a su cargo fue ejemplar y al separarse de ella siguió colaborando durante tres años en los cursos para postgraduados impartidos en el Hospital Infantil de México.

\*  
\*       \*  
\*

Hemos dado a conocer a ustedes un breve resumen histórico de las actividades como Maestro del Dr. Mario A. Torroella. No podríamos negar que el avance arrollador de la pediatría en México, que desde la creación del Hospital Infantil estamos presenciando, mucho debe a la meritoria labor desarrollada dentro del campo de la enseñanza, por el Dr. Mario A. Torroella; labor pionera que, brillantemente secundada por Manuel Cárdenas de la Vega y Alfonso G. Alarcón y los demás profesores de pediatría posteriormente designados, mucho contribuyó a hacer nacer el estímulo y la vocación por esta importante rama de la medicina, y en la iniciación pediátrica de los que posteriormente, al lado de Federico Gómez, tanto han luchado por cimentar el prestigio de que hoy disfruta la pediatría mexicana.

Permitidme ahora referirme a algunas de las muchas cualidades del Dr. Mario A. Torroella que tanto contribuyeron a forjar su reconocido prestigio como uno de los más grandes Maestros de la Pediatría en México.

Asistir a su cátedra era un privilegio del que todos deseábamos disfrutar: con ameno lenguaje, con discreción y exquisito tacto, hacía siembra constante de lo mucho que almacenaba de sabiduría y justificando el aforismo de Emerson de que "enseñar es dar", ponía a disposición de sus alumnos, sin egoísmo, sin afectación, todo el tesoro de su experiencia y de sus conocimientos.

Su amenidad subyugaba, con gran habilidad matizaba a veces la aridez del tema pediátrico con la anécdota oportuna. Nunca olvidaba mencionar los trabajos que sobre el tema que desarrollaba, habían sido realizados por los pediatras mexicanos y se notaba la satisfacción con que se refería a la aportación de ellos en el avance de la pediatría mexicana. No era dogmático, pues seguramente consideraba como Caso, que el dogmatismo en la enseñanza y el pensamiento era lo que el fanatismo en el sentimiento y la tiranía en la acción. Exponía con toda sencillez lo que creía era la verdad en el conocimiento pediátrico, respetaba siempre el criterio de los demás y, cuando no estaba de acuerdo, manifestaba con suavidad y con tacto su inconformidad.

Atendiendo al concepto de Meyerson de que "explicar es identificar", se esforzó siempre en sus lecciones clínicas, en dar la más correcta y amplia explicación de las características de cada padecimiento, a fin de que los alumnos pudieran identificarlas y hacer el diagnóstico correcto. Su amplia cultura general, su dominio del idioma que facilitaba su expresión clara y precisa, hacían sus lecciones interesantes y fácilmente comprensibles.

Aún recordamos con qué atención era escuchado por los alumnos que en aquel entonces llenaban el aula del Hospital General; y fue así como, en los cursos de clínica que por tantos años él sustentó, miles de estudiantes y de médicos recibieron los conocimientos esenciales de la pediatría con la amplitud y profundidad exigidas por los programas de nuestra Facultad y siempre puestos al día de acuerdo con el avance nacional y universal de esta importante rama de la medicina.

Es indudable que en el campo de la enseñanza de la pediatría muchos han descollado después de él, pero nadie podría negar que en su época supo destacarse en primerísimo lugar en forma tal, que en la historia de la pediatría se hablará en el futuro de la época del Dr. Torroella. Nadie podrá tampoco negar que ha sido un ejemplar Maestro, si por Maestro se entiende según la expresión socrática, no tanto al creador de un sistema, ni siquiera al inventor de nuevas intuiciones, sino al que sabe alumbrar en las almas lo que cada uno debe dar de sí; si por Maestro se entiende, repito, al que además de poseer la sabiduría, sabe vivirla en honda comunión espiritual con sus discípulos y fue precisamente su humanismo lo que hace al Maestro Torroella ganarse el afecto perdurable

de sus discípulos, convencido como siempre estuvo, de que si al conocimiento científico no va aparejado el desenvolvimiento de las más altas virtudes humanas, es como un faro que no alumbra. Su humanismo ha sido un humanismo del corazón, no del intelecto; en otras palabras, según la expresión de Pascal, un humanismo que siempre obedeció a esas razones del corazón que la razón ignora.

\*

\*

\*

Querido Maestro Torroella: Al rendirte hoy la Academia Nacional de Medicina este solemne homenaje con motivo del 50o. aniversario de tu recepción profesional, ahora que aún tenemos el privilegio de escuchar tus palabras y de disfrutar de tu amistad sincera y generosa, te manifestamos que por haber sabido conjugar en íntima coherencia tus conocimientos científicos y los más altos valores del espíritu; por haber sabido ser además de Maestro y Académico ejemplar, un verdadero amigo y hombre de bien, te manifestamos, repito, que has conquistado nuestro cariño, nuestro respeto y nuestra admiración y, por haber logrado significarte por tus muchas virtudes, nunca caerás en el anonimato y pasearás tu figura luminosa en el presente y en la posteridad.

MARIO A. TORROELLA,  
EL PEDIATRA\*

DR. RAFAEL SOTO

DOCENCIA

**E**L MAESTRO Mario Torroella, aún siendo estudiante, se distinguió por sus estudios en los hospitales, pues fue practicante de los antiguos hospitales Béistegui y Juárez, y practicante por oposición del Hospital General, que en esa época era lo más moderno que teníamos en México. Además, por su dedicación y entusiasmo, aún siendo alumno, fue nombrado ayudante de operaciones.

Todo médico mexicano bisoño es un gran entusiasta de la cirugía. El maestro Torroella no escapó a esta inclinación.

Se recibe el 1º de diciembre de 1913. Poco después sale al centro médico que más atracción tenía entonces, o sea, los hospitales de París. Allí en el Hospital des Enfants Malades, por su preclaro talento, fue alumno aprovechado del gran Jean Hutinel y de su no menos brillante hijo. Más tarde estuvo en las clínicas de Nobecourt y de Marfán.

Como médico, el maestro Torroella tuvo un comienzo fecundo y enjundioso, pues fue: Jefe de Clínica para enfermeras, Pro-sector de Anatomía topográfica, Profesor de Anatomía topográfica, Jefe de Clínica Pediátrica, Profesor fundador de la Clínica Pediátrica para alumnos en la Escuela Nacional de Medicina, y Profesor de Pediatría en la Escuela de Altos Estudios.

Como puede verse, en la docencia tuvo un entrenamiento general y eminentemente pediátrico, obtenido en las clínicas de París, en los momentos en que la Pediatría francesa estaba en todo su apogeo.

INQUIETUDES SOCIALES Y MEDICINA PREVENTIVA

Pero no solamente fue el pediatra en el sentido clásico de curar niños, y los curó bien por cierto, sino que, se preocupó por los problemas sociales y ambien-

---

\* Palabras pronunciadas por su autor en la sesión solemne celebrada en honor del Dr. Mario A. Torroella el 27 de noviembre de 1963, con motivo del Aniversario de Oro de su recepción profesional.

tales de ese niño enfermo, y aún más: inició en México el terreno de la salud pública infantil, pues fue y es: Director Médico de la Casa de Salud "Mier y Pesado" hasta la fecha. Fue: Médico de Niños del Centro de Higiene Infantil "Eduardo Liceaga", Director del Centro de Higiene Infantil, "Juan María Rodríguez", Jefe del Servicio de Higiene Infantil, el cual lleva ahora el nombre de "Materno-Infantil".

Mario Torroella, no solamente cumplió con su misión de curar niños enfermos, sino que, también vio por la salud de los sanos. Intervino en combatir las enfermedades dirigiendo campañas para mejorar tanto la salud física como mental del niño mexicano, no solamente en el Distrito Federal, sino en toda la nación mexicana, nuestra querida patria; en ello se destacó de una manera prominente cuando fue Jefe del Servicio de Higiene Infantil, dependiente de la Secretaría de Salubridad.

#### INQUIETUDES CIENTÍFICAS Y PEDIÁTRICAS

Nos fue difícil coleccionar la lista de las aportaciones médicas del maestro Torroella, dado que Mario, con la modestia que le caracteriza, nos dio al principio una muy reducida lista en número, más no en calidad. Insistimos, y logramos que nos diera una lista de más de treinta trabajos publicados, de los cuales, los primeros son sobre medicina interna y anatomía. No escapó a su penetración clínica, junto con sus contemporáneos, llegar a precisar la etiología del tifo exantemático, o tabardillo. También se asomó a la ginecología y aún a la hematología, pero el resto de sus trabajos, son sobre temas pediátricos y dos de ellos se refieren al raquitismo y a la tetania en México, temas por cierto, abordados en el symposium que con el nombre: "Raquitismo, problema que renace", se desarrolló en la Jornada con motivo del XX Aniversario de la fundación del Hospital Infantil de México.

#### LABORES ACADÉMICAS

Mario ha tenido siempre la inquietud de su perfeccionamiento médico, con espíritu siempre joven y abierto a todas las ideas que significan progreso, inspirado por su amor a los niños.

Fue miembro numerario de la Academia Nacional de Medicina, desde el año de 1923 y fue presidente de nuestra centenaria corporación, que el 30 de abril de 1964 cumple un siglo de labores ininterrumpidas. Además es miembro fundador y primer presidente, (1930-1932) de la Sociedad Mexicana de Puericultura de México. Miembro fundador y primer presidente de la Academia Mexicana de Pediatría. Fundador de la Sociedad Mexicana de Eugenesia. Miembro Activo de distintas sociedades pediátricas extranjeras, como la American Acade-

my of Pediatrics, American Public Health Association, y de las Sociedades de Pediatría de París, Cuba, Brasil, etc.

#### EL COMPAÑERO

Mario, en las juntas médicas ha sido siempre afable, atinado y discreto, nunca hace sentir su saber auténtico, y el médico joven que ha pedido consejo, queda ante los padres ensalzado. Cuántas veces lo que él llama sugerencias es la corrección del diagnóstico o de la terapéutica.

Nunca ha criticado o murmurado de otro médico, hecho frecuente en la profesión médica; en una palabra, Mario A. Torroella ha sido siempre un cabal caballero y compañero entre los pediatras.

#### EL PEDIATRA. SU FAMILIA, LA PATRIA Y DIOS

Por otro lado, Mario ha tenido siempre un entrañable cariño para sus gentes. Por años fue la señora de la casa, su tía Mercedes, pues a pesar de ser su madrastra, la quiso entrañablemente. También a sus sobrinos, que son numerosos por cierto, los quiere sinceramente, así como a todo su núcleo familiar.

Mario ha tenido el don y la generosidad de entregarse con todo amor, tanto a su familia como a sus amigos, pero principalmente a nuestra niñez y la prueba de ello es, que, no es un solterón cascarrabias y tiranizante, sino al contrario, siempre generoso, siempre amable, siempre cariñoso, siempre con la sonrisa en los labios, siempre con la anécdota oportuna que despeja una tormenta de angustia en los padres ante su hijo enfermo.

Al lado de este amor a su familia, a sus ancestros y a los descendientes de sus hermanos, ha demostrado un gran amor a la patria a través de la acción social desplegada por años en la Casa de Salud "Mier y Pesado", y en los Servicios de Higiene Infantil, en donde su labor como Jefe del Servicio tuvo proyecciones nacionales.

En las religiones del mundo pagano, se llamaba "piadoso" al hombre que tenía una actitud de amor o piedad hacia sus dioses. En los héroes griegos cantados por Homero, el apelativo "piadoso" era el máximo elogio a que aspiraba un hombre después de haber consumado las más grandes hazañas guerreras. La intuición del hombre lo llevaba a comprender que nada hay más grandiosamente humano que la actitud de reconocimiento hacia quienes han sido los principios de su existencia. He aquí por qué el poeta latino Virgilio llama a su héroe, Eneas el "piadoso". Este, en efecto, aparece como el hombre que al salvar a su padre y juntamente con él, las esencias de su patria, Troya, y a los dioses de la misma, realiza plenamente el ideal de "piedad" que se habían formado los pueblos paganos. Entonces, una de las actitudes más queridas en el corazón de la hu-

manidad es la piedad; y no sin razón, pues esta actitud encarna para el hombre lo más sagrado, lo más puro, lo más humano que hay en el amor. La piedad dice una actitud esencialmente filial, actitud de reconocimiento del amor que ha dado origen al existir del hombre.

El hombre tiene su principio de existir en sus progenitores, en su patria y en Dios.

El amor de los padres ha hecho posible que él exista; su ser corporal depende directamente de la acción procreadora de los padres, que se encontraron mutuamente en el amor y fundieron su amor para dar origen a una nueva vida que encarnara su amor.

La patria es todo aquello ambiental en que han vivido o que han forjado los padres y que ha permitido que estos realicen su vida en una forma humana: el pedazo de tierra con sus características geográficas, las costumbres, las tradiciones, la cultura, la organización pública. En la patria el hijo será recibido cuando venga, y la patria será para él como un nuevo seno materno en que crecerá, vivificado por las corrientes del pensamiento, de la espiritualidad y de la vida social, en general. Por eso la patria tiene razón de madre, razón de principio de vida para el hombre.

Pero sobre todo, Dios. El es el Principio por excelencia. El Principio de la Creación, que está fuera de la Creación. Dios, cuyo amor es la explicación de todo cuanto existe, no como Alguien que dio el existir a la creación, en un principio temporal alejado de nosotros, los hombres del siglo xx, por millones y millones de años. No. Dios no es un principio lejano en el tiempo; es un Principio presente, íntimamente presente, actualmente presente, eficazmente presente en el existir de cada hombre, en la creación de cada alma, en el orden moral en que se apoya la sociedad, en la acción de cada elemento de la naturaleza. Dios es el Principio y la Razón de existir de todo cuanto existe y muy especialmente del hombre.

He aquí por qué se exige en el hombre una triple actitud de piedad: piedad hacia los padres, piedad hacia la patria y piedad hacia Dios, porque los padres, la patria y Dios son tres principios del existir del hombre; y el hombre reconoce con amor agradecido estos principios de su existir. He ahí la piedad. Mario llena estos tres requisitos básicos de esta virtud triple; ama a los suyos, amó a sus padres, es decir, tuvo piedad para ellos; ha tenido piedad hacia la patria, y tiene piedad hacia Dios. Por lo tanto, Mario Torroella, el Pediatra, es Mario el "piadoso".

Pero hay algo más que agregar:

#### LA BONDAD

La bondad moral es aquella actitud de la conducta humana que hace que el hombre sea hombre conforme a su naturaleza racional y libre. Decimos que

un hombre es bueno cuando procede de acuerdo con su condición de ser inteligente y libre.

Un hombre bueno es pues un hombre que guarda el orden natural que llamamos ley natural: la justicia que debe a los otros, el respeto a la vida propia y ajena, la reverencia a un cuerpo, como instrumento de Dios para prolongar la obra creadora, el respeto a la palabra, como medio primero de relación con los otros hombres, y, sobre todo, la actitud de reconocimiento y atención para con Aquel, que es el principio y el fin de su existir, Dios que preside su vida entera. El hombre que guarda estos "mandamientos" de la ley natural es el hombre bueno, naturalmente. De este hombre se puede decir que tiene "bondad natural", porque tiene la perfección que le corresponde como hombre, en el orden moral natural, y en virtud de ello se hace estimable, aceptable para los otros miembros de la comunidad que encontrarán en él el hombre justo, el amigo leal. Será en una palabra, el hombre bueno para los otros. Pero el hombre cristiano además, precisamente por ello debe actuar con una bondad, con una perfección que corresponde a la bondad y perfección interior.

Mario ha sido bondadoso en sus relaciones humanas, con sus enfermitos, con sus discípulos, ya que jamás ha tenido celos de ellos, ha tenido bondad con sus compañeros, ha sido afable, discreto y oportuno. En otras palabras el maestro Torroella es bondadoso.

Para finalizar, diremos que el maestro Mario A. Torroella, el Pediatra, es Mario el "piadoso" y el "bondadoso" en el sentido hermoso de un verdadero cristiano.

MARIO A. TORROELLA,  
EL ACADEMICO\*

DR. ALFONSO ALVAREZ BRAVO\*

LA ACADEMIA NACIONAL de Medicina se complace en rendir merecido homenaje a su distinguido Académico Honorario, Sr. Dr. don Mario A. Torroella, en ocasión del Aniversario de Oro de su recepción profesional. Aunque este hecho cronológico es la ocasión, no es, sin embargo, el motivo principal de este homenaje, pues además de felicitar muy cariñosamente al querido maestro por haber alcanzado este cincuentenario con salud, actividad y pleno uso de sus facultades intelectuales, le interesa a la Academia rendir tributo a una vida fructífera en el campo profesional, en el docente y en el académico, que ha tenido repercusiones positivas y valiosas en el progreso de la medicina mexicana. Es a esta vida de constante inquietud y superación, de trabajo y generosidad, a la que hemos querido honrar esta noche.

Acaban ustedes de escuchar las acertadas palabras de los señores académicos doctores Rigoberto Aguilar y Rafael Soto Allande acerca de la labor del doctor Torroella como maestro y como pediatra. Voy pues a referirme brevemente a su personalidad académica.

Los cincuenta años de vida profesional del maestro Torroella coinciden con el segundo medio siglo de vida de la Academia. De ellos, ha pasado 37 en el seno de la corporación pues, siendo aún muy joven, se reconoció su capacidad y la calidad de su trabajo científico al ser elegido académico de número el 22 de diciembre de 1926. Su inquietud científica y su deseo de superación lo llevaron a especializarse en pediatría cuando la especialización empezaba a organizarse en nuestro medio médico y después de haber ejercido la medicina general, con la cual por cierto, no ha perdido contacto hasta la fecha.

Sus comunicaciones a esta Academia expresaron las inquietudes del momento médico nacional y su deseo de servir lo llevó en 1939 a publicar el libro "Ali-

---

\* Palabras pronunciadas por el presidente de la Academia Nacional de Medicina en la sesión solemne del 27 de noviembre de 1963 en honor del académico honorario, Sr. Dr. Mario A. Torroella, con motivo del Aniversario de Oro de su recepción profesional.

mentación infantil y tratamiento dietético y medicamentoso de las enfermedades de los niños”.

Fue electo Vice-presidente de nuestra corporación el 1° de octubre de 1942 y ejerció la presidencia el año de 1943. Su interés y atención a los problemas de nuestra medicina se refleja en el tema escogido para el Concurso Anual de la Academia el año de su presidencia: “Aspectos médicos de la Ley del Seguro Social. Sus relaciones con el ejercicio privado de la medicina. Cómo pueden contribuir los médicos a que la Ley tenga los resultados que le corresponden”.

El concepto que se tenía del doctor Torroella en aquellos días está claramente expresado en la opinión que dió la Comisión integrada por los académicos doctores José Torres Torija, J. Joaquín Izquierdo y Alfonso G. Alarcón, encargada de dictaminar sobre su solicitud para pasar a Socio Titular después de 19 años de labor académica: “El señor doctor Torroella —expresó la Comisión— ha conquistado un lugar profesional y científico que honra a la Academia y seguramente que él reconoce también que su lugar en la agrupación le honra no sólo con que figure en la nómina de sus componentes, sino porque la Academia reciba la cooperación activa de su talento y su experiencia. En tal virtud los suscritos son del parecer que el Sr. Dr. Mario A. Torroella se conserve como académico de número”.

El acertado criterio de dicha Comisión al considerar aún necesaria la participación activa del Dr. Torroella dentro de la Academia encontró comprobación en su contribución importante de los años que siguieron y así, por ejemplo, su trabajo “Hagamos algo por la salud de nuestros niños”, leído el 22 de noviembre de 1950, mereció que la Academia acordara “su publicación en cantidad suficiente para ser distribuido en toda la República”.

La Academia agradece ahora nuevamente al maestro Torroella su inestimable colaboración en el desempeño de las numerosas comisiones de que formó parte y en la integración de Jurados de los Congresos Anuales que han sido también parte importante de la vida de la corporación.

El 2 de abril de 1952 reiteró el doctor Torroella su solicitud para pasar a Socio Titular, con la sencillez en él característica y con el sincero deseo, base de su solicitud, “de dejar un lugar vacante en la Sección de Pediatría para que sea ocupado por un médico joven y entusiasta de la especialidad”. La Academia acordó favorablemente esta solicitud respaldada por 26 años de activa labor.

La personalidad académica del maestro Torroella ha salido, por supuesto, de los muros de este recinto, como lo pone de manifiesto la participación que ha tenido como socio y como presidente de importantes sociedades pediátricas nacionales, y el reconocimiento que significa el haber sido honrado con la membresía de diversas corporaciones científicas extranjeras.

Por sus merecimientos, analizados en detalle por el Comité de Admisión de

nuestra agrupación, la Academia le concedió el elevado honor de designarlo Miembro Honorario de la misma, el 24 de julio del presente año.

\*

\*           \*

Maestro Torroella: Como Presidente de la Academia Nacional de Medicina y como gran fortuna para mí, tengo el honor de entregarle, en un acto sencillo y propio de la austeridad y discreción tradicionales de esta Academia, una medalla conmemorativa de su feliz Cincuentenario profesional y el diploma que lo acredita como Miembro Honorario de esta Corporación que no solamente se viste de gala para recordar a sus grandes figuras desaparecidas, sino que también lo hace para honrar en vida a quienes como usted, han servido con sinceridad y desinterés a la corporación, a la Medicina Mexicana y a la Patria.